



—Te lo diré si nos vamos algo más lejos; aquí no puedo recordarlo.

Y se marcharon a través del bosque, Alicia con su brazo rodeando amorosamente el aterciopelado cuello del cervatillo, hasta que irrumpieron en una amplia alameda, al llegar a la cual el cervatillo desprendióse súbitamente de Alicia, dando brincos de alegría.

—¡Soy un cervatillo!— exclamó con regocijo—. ¡Y válgame Dios, tú eres una criatura humana; una niña!

Una repentina ráfaga de alarma reflejóse en sus ojos castaños, y de pronto dió un gran brinco y huyó velozmente.

Alicia lo siguió con la vista y estuvo a punto de gritar de pena, al perder tan pronto aquel amable compañero de viaje.

—Menos mal que ahora recuerdo mi nombre. Esto me consuela algo. ¡Alicia! ¡Alicia!... No lo volveré a olvidar... Y ahora me pregunto, ¿cuál de estos postes indicadores debo seguir?

La respuesta no era muy difícil puesto que sólo cruzaba el bosque una sola carretera y ambos postes la indicaban.

—Lo decidiré — pensó la niña — cuando la carretera se bifurque y se indiquen distintas direcciones.

Pero esto no era probable que sucediera. Caminó un largo trecho, y dondequiera que el camino se dividía se encontraban siempre dos postes que indicaban la misma ruta.

Decía el uno: *Hacia la casa de Tweedledum* y la otra *Hacia la casa de Tweedledee*.

—Por lo que veo, los dos viven en una misma casa — dijo Alicia al fin —. Me extraña que no se me ocurriera antes... Y yo no puedo permanecer allí mucho tiempo, lo suficiente para llamar a la puerta, decir: «¿Cómo están ustedes?», y enterarme del camino que conduce fuera del bosque. ¡Si pudiera llegar al octavo espacio antes de anoecer!

Y así continuó vagando y hablando consigo misma hasta que al doblar un brusco recodo, tropezóse con dos enanos regordetes, tan de sopetón, que retrocedió asustada, sin poder reprimir un grito. Pero en seguida se rehizo, pues presintió quiénes eran.